

CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA

Una visión del Socialismo Latinoamericano

por el senador RAUL AMPUERO DIAZ

Tomamos este trabajo de la revista "COMBATE", número 8 de enero-febrero de 1960. El artículo contempla la situación latinoamericana hasta esa fecha.

Como todo conflicto humano, la lucha antimperialista es un proceso dinámico, antes que un dilema formal.

RAUL AMPUERO DIAZ

El socialismo, como tendencia diferenciada del comunismo, surgió en Chile hace veintiocho años y tuvo, de inmediato, un desarrollo sólo explicable por circunstancias históricas muy propicias. Qui, como en cualquier lugar del mundo, las ideas políticas se transforman en movimientos sociales de gran magnitud, cuando existen condiciones objetivas que justifican su presencia, cuando responden a aspiraciones profundamente sentidas por las masas, determinadas por el grado de evolución de las fuerzas productivas y por los obstáculos sociales que encuentran para su indefinida expansión.

UNA NUEVA CONCEPCION SOCIALISTA

Pero, si bien un socialismo genérico y más o menos amorfo, relativamente diferenciado del comunismo, daba nueva expresión al movimiento popular, su éxito definitivo dependía de la forma en que interpretara su misión, en el campo teórico, y de su adaptación estratégica a las condiciones concretas en que le tocaba desenvolverse.

Desgraciadamente, por muchos años se abandonó todo esfuerzo por definir los principios básicos del socialismo chileno. Transplantamos mecánicamente a nuestros países ideas y consignas de filiación colectivista, extraídas de diferentes escuelas, con lo cual aplazamos, por una parte, toda tentativa de analizar, con métodos verdaderamente marxistas, nuestra realidad nacional, y, por otra parte, incorporamos a la vida del partido posiciones teóricas antagónicas, germen original de todas las divisiones sufridas por el socialismo chileno. Resulta penoso constatar cómo, en nombre del marxismo, durante muchos años nos hemos destrozado en luchas internas de partido, sosteniendo posiciones del más puro corte idealista.

La experiencia viva de la lucha social nos obligó a reaccionar. Pri-

mero, en forma más o menos inconsciente, comenzó a revelarse una nueva actitud ante los acontecimientos políticos inmediatos, pero luego comprendimos que ella debería cimentarse en un replanteamiento total de los problemas fundamentales de la revolución chilena.

PLANTEAMIENTOS FUNDAMENTALES

MUCHAS veces, desde 1945, hemos planteado ciertas formulaciones fragmentarias, pero hasta hoy carecemos de una exposición orgánica de las líneas principales del Partido, aun cuando ellas, en cierta medida, se han incorporado a lo que pudiéramos llamar su mentalidad. Sin perjuicio de que alguna vez se llene completamente esta necesidad, creo conveniente hacer un breve resumen de los principales conceptos teóricos que han determinado la conducta del socialismo popular en los últimos veinte años.

Pese a dos calificativos que no son del todo exactos ni aplicables a todas las áreas, se ha definido nuestra economía como semifeudal y semicolonial. Probablemente sea éste un aserto de aquellos que no requieren discusión en un congreso del partido. Sabemos de qué manera subsisten en el campo, los rasgos esenciales de la encomienda española; la magnitud de los latifundios; el cultivo extensivo; las formas indirectas de explotación rural; los métodos anticuados de cultivo; las condiciones elementales de vida de los trabajadores agrícolas, en fin, todos los factores característicos de una economía precapitalista. Conocemos, igualmente, la estrecha dependencia económica de Chile con relación a las inversiones y el mercado norteamericano; su calidad de país monoprodutor, el trato excepcional que reciben aquí las grandes empresas extranjeras, la estructura colonial de su comercio exterior, su capitalización fundamentalmente basada en recursos foráneos, todo lo cual se proyecta en una mutilación real de su soberanía política.

Para un marxista no es difícil deducir cuáles son, en consecuencia, las clases dominantes y, por tanto,

conservadoras, en el más fiel sentido de la palabra: la oligarquía agraria, los sectores sociales vinculados al imperialismo, todos los integrantes del sistema bancario, industrial y comercial, que tienen por plataforma la estructura económica actual de la nación.

Los observadores desprejuiciados, y con mayor razón los socialistas y los hombres de criterio avanzado, saben que el sistema ha llegado a un punto crítico de su evolución natural: no es posible expandir la economía chilena, desarrollarla cuantitativamente, en términos apreciables, lograr un progreso rápido de las fuerzas productivas, sin cambiar profundamente sus bases estructurales.

Esta es, en su más puro sentido, una tarea revolucionaria. Significa despojar del poder político a las clases dominantes y reemplazarlas por otras, actualmente explotadas o dominadas, pero capaces de colocar el país sobre cimientos nuevos e inaugurar una fase de transformaciones radicales.

OBJETIVOS Y NATURLEZA SOCIAL DE LA REVOLUCION

Expresados positivamente, los objetivos económicos que se propone la revolución son, por tanto, la reforma agraria y la liberación nacional antimperialista. Allí donde el latifundio impone su sello a la producción rural, debe ser reemplazado por una redistribución de la tierra, entre pequeños propietarios, sujetos a programas nacionales de cultivo. Las empresas extranjeras deben ser nacionalizadas. Tal es nuestra misión inmediata, reducida al más elemental de los esquemas.

Son, también, los rasgos característicos de la "revolución democrático-burguesa", —según la clásica terminología marxista—, definidos desde un ángulo económico; consolidación del estado nacional y eliminación de la clase terrateniente. En todos los países desarrollados, esa lucha fue conducida por la burguesía en ascenso, transitoriamente aliada a los siervos, a los artesanos y al proletariado en formación. Políticamente, su victoria trajo consigo una nueva forma de democracia, enunciada, esta vez, en los planes jurídico y filosófico, como la más alta, universal y definitiva expresión de la convivencia colectiva.

Como antítesis y sucesora natural de esta fase histórica, Marx enunció su teoría de la revolución proletaria y socialista, destinada a eliminar las clases sociales y, eventualmente, el Estado. Debería realizarse, bajo la dirección de los obreros industriales, para entregar a la

comunidad entera el dominio de los medios de producción.

Sin embargo, en el caso chileno, y generalizando, en casi todos los países coloniales y dependientes, la realidad es mucho más compleja. Nuestra burguesía apareció como la resultante, limitada y subsidiaria, de las grandes empresas foráneas. Porque nunca tuvo el poderío necesario para abordar inversiones de gran magnitud, y en lugar de rivalizar con el capital imperialista, estableció con él una estrecha asociación de intereses, más o menos complementarios. En tales condiciones — a las que se añaden otras que la vinculan a la clase de los poderosos propietarios rurales—, está orgánicamente incapacitada para cumplir las tareas revolucionarias que en las naciones maduras sí pudo realizar.

Ha dado, es cierto, uno que otro líder de relieve en las crónicas americanas, pero los protagonistas de todos los movimientos libertadores han salido de la clase obrera, de los indios y del campesinado.

PAPEL DE LA CLASE OBRERA

Esta es la primera lección que se desprende de cualquier estudio: la burguesía no es, en nuestros países, una clase revolucionaria. Lo son, en cambio, los trabajadores industriales y mineros, los campesinos, la pequeña burguesía intelectual, los artesanos y operarios independientes, todos los sectores de la población cuyos intereses chocan con el orden establecido. Y en este conjunto, cada vez juega un papel más determinante la clase obrera. Por su organización, su experiencia sindical y política, su sentido de clase, es el núcleo más resuelto de la lucha social.

Ahora bien, una clase que asume la misión históricamente abandonada por otra, necesariamente le imprime a esta última sus propias características, le da un alcance de mayores proyecciones, le introduce modalidades propias de un estado más avanzado y radical. Es decir no puede tener la misma fisonomía ni igual contenido la revolución capitalista y burguesa realizada bajo el mando de la burguesía, que si ella se desencadena y es conducida por los trabajadores, o más específicamente, por la clase obrera.

NACIONALIZACION Y SOCIALISMO

En efecto, las "nacionalizaciones" no serán un simple desplazamiento patrimonial de las manos extranjeras a las de los ciudadanos particulares del país, sino que ordinaria-

mente se incorporarán al dominio del Estado, y en su gestión se afectará, de uno u otro modo, el control obrero, como en el caso reciente del estaño boliviano. La tierra será redistribuida, pero, mediante sistemas comunitarios de explotación — casi siempre de raíces autóctonas— o bajo formas cooperativas de diferente desarrollo, se buscarán las bases jurídicas que, acompañadas de una mecanización intensiva, faciliten la evolución hacia modalidades colectivistas más avanzadas.

Agregamos a todo esto las fuertes tendencias hacia la estatización de múltiples actividades monopolistas ejercidas por nacionales, que se hacen sentir en todo el continente y la dinámica actuación que se le asigna al poder público, en el planteamiento integral de la economía, incluidos los sectores privados, y debemos convenir en que la revolución americana, cuyos objetivos sustanciales venimos enunciando, es fundamentalmente agraria y antimperialista, pero tiene simultáneamente un evidente sentido socialista, derivado de la preponderante participación del proletariado en su dirección política y de su tendencia consecuencial a buscar formas primarias de propiedad colectiva. Hasta podríamos añadir que su finalidad únicamente se logra con plenitud en la misma medida en que subsiste la orientación socialista, y se acentúa gradualmente la hegemonía de la clase obrera.

REVOLUCION Y DEMOCRACIA

Jamás me he explicado por qué nuestros teóricos entregan a la burguesía títulos exclusivos sobre la democracia. Para mí, toda revolución es esencialmente democrática, así como la contrarrevolución es esencialmente antidemocrática. Es claro que cuando ella adquiere dimensiones sociales, alguna clase debe sucumbir: en el orden económico, porque se destruye su base material; en el orden político, porque se le niega el derecho a gobernar. Pero no por eso la revolución pierde su carácter democrático, porque se convierte siempre en una ampliación real de la soberanía popular. Indiscutiblemente, para sus adversarios no será lo mismo: ni la nobleza feudal pudo aceptar la guillotina como símbolo de la democracia, ni lo han sido para la burguesía rusa los decretos de expropiación, pero estamos examinando el problema con un criterio, si se quiere histórico y objetivo.

Con mayor razón será la americana una revolución democrática. Pese a la consagración constitucional de los más avanzados principios

libertarios, en los hechos, América es un continente de dictaduras desembozadas o encubiertas, donde jamás se ha conocido por largo tiempo y en toda su amplitud el funcionamiento de las instituciones representativas.

No sé hasta qué punto expreso el pensamiento del partido, pero quisiera resumir el mío acerca de los objetivos y la naturaleza de la revolución chilena, en los términos siguientes: es una revolución democrática de los trabajadores manuales e intelectuales, orientada hacia el socialismo, y destinada, en su primera fase, a liberar a la nación de toda dependencia extranjera y a eliminar las formas feudales de explotación agraria.

Casi todo lo dicho vale para la generalidad de los países hermanos de América Latina. En un grado u otro, estos países están sometidos al imperialismo y a los terratenientes, bajo condiciones internas peculiares en cada uno de ellos, que, naturalmente, exigirían una adaptación relativa de las conclusiones anteriores. Este solo hecho bastaría para encerrar sus luchas como un proceso unitario, integrado en un gran movimiento de liberación continental. No obstante, más allá de las consideraciones sociológicas, lo que exige una teoría común, una estrategia común, es, por una parte, la circunstancia de que todos ellos se mueven en la órbita del poder norteamericano; por otra, la certeza de que sólo unidos podrán alcanzar su independencia, vale decir, la condición primera para su progreso.

PROCESO DE LA ACCION ANTIMPERIALISTA

Hablamos de antimperialismo, pero es preciso preguntarse: ¿separadamente cada país, tendrá la fuerza necesaria para conquistar su libertad nacional? ¿O deberemos esperar que los Estados Unidos sean un estado socialista, para lograr esa finalidad? Ninguna de las dos cosas. Creer lo primero es puro romanticismo político; afirmar lo segundo es derrotismo contrarrevolucionario, peor aún, insensata aspiración de derrocar al capitalismo yanqui desde el sur de Río Bravo, doctrina que tiene sus devotos partidarios como se ha visto en los gestos suicidas del nacionalismo portorriqueño.

Como todo conflicto humano, la lucha antimperialista es un proceso dinámico, antes que un dilema formal. Es una pugna de fuerzas contradictorias, muy difícil de ser resuelta en términos categóricos, dejando un vencedor y un vencido.

En nuestros días, por ejemplo, comprometidos los Estados Unidos

en una disputa, por el predominio universal, con la Unión Soviética, acentúa su tendencia a la hegemonía hemisférica por consideraciones político-militares absolutamente objetivas, hasta el punto de atropellar doctrinas, formalidades diplomáticas, normas de ética internacional, etc., en cuanto sospeche estorbar sus planes de expansión y su particular sentido de la seguridad. En tales condiciones, la inercia de los gobiernos, su pasiva adaptación al sistema, es algo peor que mantener el status quo, es caminar hacia el colonialismo bajo la apariencia de compromisos igualitarios y multilaterales.

Cada nación, individualmente, algo puede hacer por su propia independencia, como lo comprueban los casos de Guatemala y Bolivia, pero los resultados serán escasos o tendrán que pagar por ellos un alto precio.

UNIDAD EN LA LUCHA CONTINENTAL

Por eso, la única alternativa lógica es la unidad. Unidad de los movimientos nacionales de liberación, primero, y unidad de la política económica e internacional de los estados, en seguida. Unidad para fortalecer la resistencia popular contra las diferentes formas de penetración imperialista y para constituir un sistema económico regional, destinado a reemplazar la actual servidumbre de la América Latina respecto de los Estados Unidos, mediante las relaciones equitativas y justas que se estilan entre comunidades libres y soberanas.

Tanto los procedimientos adecuados para organizar la defensa de las materias primas de las regiones subdesarrolladas, como las líneas directrices de una política de integración económica, son materias extrañas a los modestos límites de este informe. Pero debemos insistir en la necesidad de establecer una teoría general, válida para todos nuestros países, una sola estrategia de batalla, y crear un comando operativo de tipo continental.

En lo referente a la teoría, no se trata de especular en la esfera de las divagaciones abstractas. Las concepciones marxistas, particularmente sus métodos de interpretación de la realidad tangible, nos proporcionan elementos básicos, siempre que se utilicen como un guía para la acción y no se acepten en calidad de dogmas metafísicos. Su confrontación dialéctica con la práctica social y las experiencias de la lucha de clases en Indoamérica, debe conducirnos a un conjunto de conclusiones altamente positivas. Proba-

blemente en nuestro tiempo sea posible contar con los materiales imprescindibles para enunciar una verdadera doctrina revolucionaria.

Las ventajas que se lograrían están lejos de ofrecer un interés meramente intelectual. Por el contrario, nuestra acción militante ganaría en claridad de perspectivas y en seguridad política, evitando el empirismo en que incurren con frecuencia nuestros partidos, empirismo que los arrastra muy a menudo a degenerar en simples grupos izquierdistas nacionales, más preocupados de las tímidas reformas inmediatas, que de cumplir una misión trascendental.

Sí, además, concebimos la lucha en términos continentales, sabremos asignarle a cada acontecimiento doméstico su verdadero valor, y seleccionar las tareas de apoyo y solidaridad susceptibles de asegurar la victoria en los lugares decisivos. No

hallo nada más trágico hoy día, que la incomprensión que encuentran en ciertos medios socialistas los procesos políticos de Bolivia y Guatemala. Al calificarlos de fascistas o stalinistas, sin desentrañar su verdadera fisonomía histórica, se corre el riesgo de desestimar dos frentes en que está jugándose nuestro propio destino colectivo. Es posible que existan discrepancias ideológicas o tácticas de alguna importancia entre nosotros y esos movimientos, como seguramente los hay, con respecto al Partido de Liberación Nacional de Costa Rica o al Aprismo peruano, pero carecen de importancia en la estrategia global del anti-imperialismo.

En suma, ninguna comarca de territorio americano logrará por sí misma los objetivos de la revolución agraria y nacional: solamente Latinoamérica unida podrá alcanzarlos en su plenitud.

Partidos Democráticos

SENTIDO REACCIONARIO DEL GOLPE MILITAR EN EL SALVADOR

Un amigo nuestro, salvadoreño, nos ha hecho llegar una carta, cuyos párrafos substanciales insertamos, haciendo un llamado a los amigos del continente y especificando el carácter reaccionario del actual régimen imperante en El Salvador.

Enero 30 de 1961.

La caverna, nuevamente se ha volcado sobre El Salvador. Sin justificación de ninguna clase, sin pretexto, sin apoyo legal alguno, la brutalidad de las armas se impone una vez más, y sobre los cadáveres que siempre brinda el pueblo y mediante el golpe artero, los militares como instrumento, el clero como función política, y la intervención como garrote, dan por tierra con un gobierno civilista, excusado por su falta de personalidad y su indecisión, pero con el sano propósito de salvar la cuestión política y dar al pueblo elecciones libres.

La misma noche del 25 de Enero, cuando se instalaba el Congreso Pre Electoral, para discutir la ley que habría de llevarnos a elecciones libres, en los sórdidos cuarteles, el Ejército, los curas y los agregados militares, realizaban unos la traición a la Patria, y los otros ratificaban, a los seis días del cambio de

Gobierno en la Casa Blanca, sus mantenidos propósitos de intervención. Como no existía pretexto, razones, ni justificación, desesperadamente se asieron de la mendacidad que tenían a mano: "Contra los extremismos de derecha o de izquierda".

La cuestión así planteada parece problema de geometría descriptiva, en un teorema sin solución: ¿Dónde está el eje que servirá para marcar la distancia hacia sus puntos extremos? Al hacer esa pregunta, surge la solución condicional: El punto de vista del Ejército reaccionario, del Clero y de los intereses del capital "reinvertido", mide la distancia hacia la izquierda desde el punto más recóndito de la derecha, en donde estas fuerzas están situadas. Así, posibilidad de elecciones libres, significa para ellos "comunismo", "materialismo ateo", y el Castrismo, que pende sobre sus cabezas como el más elevado ejemplar reivindicador.